SÉNECA

HÉRCULES LOCO





Séneca



Séneca

Hércules loco



Séneca

Lucio Anneo Séneca nació, aproximadamente, en el año 4 a. C. en Córdoba, España. Fue un político, orador, escritor y reconocido filósofo romano regido por la escuela filosófica llamada Estoicismo.

Destacó como gran orador y político en los reinados de Claudio y Nerón. Gran parte de sus obras es fuente principal de la filosofía estoica conservada hasta la actualidad. Realizó escritos de diálogos morales, cartas, tragedias y epigramas, en su mayoría, de carácter moral. Durante su exilio en Córcega, escribió una *consolatio* a su madre Helvia. En el año 62 d. C., al retirarse de la vida política, redacta su obra más conocida *Cartas a Lucilio*, ensayo en la que da sabios consejos y reflexiones a Lucilio, procurador romano. Otra de sus obras es *Apocolocyntosis,* una sátira contra el reinado de Claudio. De sus ocho obras trágicas, *Hércules en el Eta* es de dudosa atribución, y *Octavia*, apócrifa.

Fallece en el año 65 d. C. en Roma.

Hércules loco
Séneca

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: María Inés Gómez Ramos
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



HÉRCULES LOCO

PERSONAJES

Juno

Mégara

Hijos de Mégara

Anfitrión

Lico

Hércules

Teseo

Coro de Tebanas

Esclavo y soldados de Lico

Escena: en Tebas, ante el palacio real

ACTO PRIMERO

JUNO.— Yo, la hermana del Tronador (este es, en efecto, el único título que se me ha dejado), a un Júpiter que siempre anda con otras y a los santuarios del altísimo cielo, siempre vacíos, los he abandonado.

Al verme echada del cielo, he cedido el puesto a mis rivales: tengo que vivir en la tierra; mis rivales se han adueñado del cielo. Por esta parte, en las alturas del polo glacial, la Osa, astro siempre elevado, guía las escuadras argólicas. Por esta otra, por donde con la llegada de la primavera se dilata el día, brilla el que transportó a la tiria Europa a través de las olas. Por allí errabundas Atlántides asoman su grey temible para las naves y el ponto. Amenazador con la espada, aterra Orión por aquí a los dioses, y el áureo Perseo mantiene sus estrellas. Por aquí brillan como astros relucientes los hijos gemelos de Tindáreo, por cuyo nacimiento detuvo la tierra sus movimientos.

Y no es suficiente con que Baco o la madre de Baco hayan alcanzado la categoría de dioses: para que no haya

parte libre de ultraje, el firmamento lleva la corona de la muchacha de Gnosos…

Pero me estoy quejando de cosas ya viejas: por sí sola esta cruel y feroz tierra tebana esparcida de nueras impías, ¡cuántas veces me ha convertido en madrastra!

Puede subir Alcmena y ocupar vencedora mi puesto y a la vez puede tomar posesión de los astros que se le prometieron a su hijo, para cuyo nacimiento gastó el cielo un día y Febo brilló con retraso en el mar de oriente por haber recibido la orden de retener su luminaria sumergida en el océano.

Mis odios no van a desaparecer así; el ímpetu de mi carácter animará mi fogosa ira y mi cruel resentimiento llevará a cabo guerras eternas sin permitir un momento de paz...

¿Qué guerras? Cuanto de horrible crea la tierra enemiga, cuanto el ponto o el aire produce de terrible, de espantoso, de pernicioso, de atroz, de fiero, ha sido quebrantado y dominado. Él se sobrepone a las desgracias y se engrandece con ellas y mi cólera le produce gozo. Mis odios los convierte en motivos de alabanza propia: al

imponerle empresas demasiado crueles he demostrado quién es su padre y le he dado una oportunidad para su gloria.

Por donde el sol vuelve a traer el día y por donde se lo lleva, tiñendo a los dos pueblos etíopes por la proximidad de su antorcha, se da honra a su indómito valor y por todo el orbe va de boca en boca como un dios.

Monstruos me faltan ya y menos trabajo le supone a Hércules cumplir lo que le mando que a mí mandárselo: con alegría recibe mis órdenes. ¿Qué atroces órdenes de tirano van a poder dañar su impetuosa juventud? ¡Si hasta lleva como armas cosas que temió y que luego venció! Armado viene con el león y con la hidra. Y ya no le basta la extensión de las tierras. Mírenlo, ha quebrantado el umbral del Júpiter de los infiernos y regresa arriba con espléndido botín tomado al rey vencido.

Poco es regresar. Se ha destruido el pacto de las sombras. Lo he visto yo misma, lo he visto, después de disipar la noche de los infiernos y de someter a Plutón, jactarse ante su padre de los despojos del hermano de este.

¿Por qué no arrastra en persona amarrado y cargado de cadenas a aquel que recibió en suerte una parte similar a la de Júpiter y se constituye en señor del Erebo, una vez que lo ha tomado por asalto, y deja al descubierto la laguna Estigia?

Ha quedado abierto el camino de regreso desde el abismo de los manes y los sagrados misterios de la terrible muerte están abatidos a la vista de todos.

Él, por su parte, altanero por haber roto la cárcel de las sombras, celebra su triunfo sobre mí y de su mano soberbia pasea al horrible perro por las ciudades argólicas; yo he visto esfumarse al día y temblar al sol al ver a Cerbero; incluso de mí se apoderó el temblor y, al contemplar el triple cuello del monstruo derrotado, sentí miedo de haber dado la orden.

Pero me estoy jactando de cosas demasiado banales: por el cielo hay que temer, no vaya a conquistar los reinos de allá arriba el que ha vencido a los de abajo, arrebatándole el cetro a su padre. Y hasta los astros no llegará él por un camino lento como Baco. Intentará abrirse paso con la destrucción y querrá reinar en el cielo tras dejarlo vacío. Con las pruebas a que ha sido

sometido su vigor, se siente orgulloso, y que el cielo puede ser vencido por sus fuerzas lo ha aprendido transportándolo... Puso debajo del universo su cabeza y no doblegó sus hombros el peso de la inmensa mole y el centro del firmamento se asentó sobre el cuello de Hércules. Sin vacilar su cerviz soportó los astros y el cielo y a mí misma que hacía por aplastarlo... Está buscando el camino hacia los dioses de arriba.

Adelante, ira, adelante y reprime sus ansias de grandeza, entabla con él combate y despedázalo con tus propias manos. ¿Por qué encomiendas a otro un rencor tan profundo? Que se aparten las fieras, que el propio Euristeo, cansado ya, deje de darle órdenes. Suelta a los Titanes, que osaron quebrantar el poderío de Júpiter, abre la caverna de la montaña siciliana y que la tierra doria, temblando con las sacudidas del gigante, deje levantarse la cerviz del monstruo terrorífico que bajo ella aprisiona; que allá arriba la Luna acoja otras fieras.

Pero todo eso lo ha vencido él. ¿Buscas a alguien equiparable al Alcida? Nadie hay más que él mismo: haga, pues, consigo mismo la guerra. Que desde el más profundo abismo del Tártaro acudan a mi conjuro las

Euménides, fuego esparzan sus llameantes cabelleras, que sus crueles manos hagan crujir sus látigos de víboras.

Anda ahora, soberbio, dirígete a las mansiones celestiales, desprecia lo humano. ¿Crees tú, en tu altivez, haberte librado ya de la Estigia y de los manes? Aquí te voy a mostrar yo los infiernos: voy a hacer venir envuelta en profundas tinieblas, más allá del lugar de destierro de los condenados, a la diosa de la discordia, a la cual protege el enorme antro de la montaña que tiene delante. Voy a sacar y arrastrar desde lo más hondo del reino de Dite todo lo que él ha dejado: vendrá el odioso Crimen y la Impiedad feroz, que se lame su propia sangre, y el Extravío y la Locura, siempre armada contra sí misma. Este, este es el servidor que debe usar mi resentimiento.

Comiencen, esclavas de Dite, agiten rápidas la ardiente antorcha de pino, que Megera[1] acaudille esa tropa erizada de serpientes y con su mano funesta arranque de la ardiente hoguera un enorme tizón.

Manos a la obra, exijan el castigo por la violación de la Éstige. Sacudan su pecho, hierva su mente con más fuerza que el fuego que arde furioso en las fraguas del Etna.

1 Una de las fieras.

Pero para que el Alcida pueda ser arrastrado, sin ser dueño de su mente, conmovido por enorme locura, tienen ustedes que enloquecer primero. Juno, ¿por qué no enloqueces todavía? A mí, a mí, hermanas, prívenme de razón, trastórnenme a mí la primera, si es que yo me dispongo a hacer algo digno de una madrastra...

Voy a cambiar de súplicas: ruego que a su regreso vea a sus hijos a salvo y que vuelva con la fuerza de su brazo. He encontrado el día en el que el odioso valor de Hércules va a ser de mi agrado: ¿me ha vencido a mí?, que también se venza a sí mismo y desee morir después de haber vuelto de los infiernos: ahora me va a servir el que haya sido engendrado por Júpiter.

Me apostaré allí y para que los dardos salgan disparados por un arco certero, yo los lanzaré con mi mano; yo gobernaré sus armas cuando ya esté loco; por fin voy a ayudar a Hércules en una lucha...

Una vez realizado el crimen, ¡que lo admita en el cielo su padre con esas manos! Hay que entablar ya el combate: comienza a clarear el día y Titán aparece brillante por el oriente de color de azafrán.

CORO.— *Ya pocos astros brillan mortecinos*

en un cielo en declive; la noche derrotada

recoge sus errantes fuegos al renacer la luz,

ya empuja Lucífero a la brillante tropa.

El signo helado del polo boreal,

él, de las siete estrellas de la Osa arcadia,

llama a la luz tras haber dado vuelta a su timón.

Ya Titán remontando sobre azules caballos,

vigila desde lo alto de la cumbre del Eta.

Los ínclitos jarales de las bacantes descendientes de Cadmo

se enrojecen rociados por la luz del día

y la hermana de Febo huye con esperanzas de volver.

Comienza la tarea dura y remueve

todas las cuitas y abre todas las casas.

El pastor deja suelto al rebaño, que arranca

los pastos que blanquean con la helada escarcha.

Juega libre en el prado sin barreras

un novillo con la frente aún no rota;

las madres, agotadas, reponen sus ubres;

corre ligero, sin un rumbo fijo,

caprichoso, el cabrito sobre la hierba blanda.

De lo alto de una rama pende vocinglera

y trata de ofrecer al nuevo sol sus plumas

en medio de sus crías quejumbrosas

la amante tracia y un tropel confuso

suena a su alrededor y mezcla sus murmullos

anunciando el día.

Lanza velas al viento el navegante

arriesgando su vida, mientras la brisa hincha

los flojos pliegues; uno, colgando de horadados

escollos, o prepara los anzuelos

burlados o, en tensión,

contempla el premio apretando la mano:

siente el sedal el tembloroso pez.

Este es el cuadro de los que gozan el tranquilo sosiego

de una vida inocente y una casa contenta

con lo poco que tiene; andan errantes en las grandes ciudades

en su gran torbellino afanes, inquietantes

ambiciones y angustias que quitan el sosiego.

Rinde aquel culto a los soberbios pórticos

y a las hurañas puertas de los reyes, sin conciliar el sueño.

Este otro las riquezas, su felicidad,

contempla sin descanso, boquiabierto ante tales tesoros

y pobre en medio de un montón de oro.

A aquel lo arrastra la popularidad

y el vulgo más voluble que las olas,

levantándolo hinchado con su frívolo soplo.

Este trafica entre airados debates del clamoroso foro

y alquila sin escrúpulos su ira y sus palabras.

De pocos es amiga una quietud sin angustias:

son esos que acordándose de lo veloz del tiempo

intentan apresar unos momentos

que nunca han de volver; mientras dejen los hados,

vivan alegres; se apresura la vida

en rápida carrera y volando los días

hacen girar la rueda del año que se precipita.

Las crueles hermanas[2] *prosiguen sus tareas*
y nunca desenrollan los hilos de sus husos.
La raza de los hombres sin ser dueña de sí
va en busca del destino que la arrastra:
las aguas de la Éstige buscando vamos espontáneamente.
Alcida, con un pecho demasiado valiente
corres a visitar a los lúgubres Manes:
las Parcas llegan en el justo momento.
Nadie queda eximido de esa orden,
nadie puede aplazar el día que está escrito:
la urna encierra los nombres de la gente que ha sido convocada.
Lleve a otro la gloria por muchos países
y la habladora fama por todas las ciudades

2 Las Parcas, divinidades romanas del destino.

lo alabe y lo levante a la altura del cielo

y de los astros; que otro se pasee

altanero en su carro: a mí mi tierra

me dé cobijo en un hogar oculto y sin peligros.

Alcanza a los tranquilos la canosa vejez

y en un lugar humilde, pero segura,

se asienta la fortuna modesta de una casa pobre:

desde su altura cae la osada valentía...

Pero se acerca triste, con el pelo en desorden

Mégara, acompañada de su pequeña grey

y, torpe por sus años, avanza el padre del Alcida.

ACTO SEGUNDO

ANFITRIÓN - MÉGARA - LICO

ANFITRIÓN.— ¡Oh, Júpiter, gran soberano del Olimpo y árbitro del universo, pon ya de una vez por todas límite a mis penosas tribulaciones y fin a mi desgracia. La luz del día no ha brillado ni una sola vez para mí libre de angustias: el final de un sufrimiento es un paso adelante de otro que se avecina; aún no ha regresado y ya se le prepara un nuevo enemigo; antes de llegar a su casa que se llena de alegría, marcha, obedeciendo órdenes, a una nueva guerra y no hay reposo alguno ni tiempo alguno de tregua más que el de recibir otra orden. Le acosa Juno, en contra de él ya desde el primer día: ¿es que acaso sus años de niño se vieron libres de esa pesadilla? Monstruos venció antes de poder conocerlos.

Un par de reptiles avanzaban con sus encrestadas cabezas; hacia su encuentro gateaba el recién nacido fijando su mirada confiada y apacible en los ojos de fuego de las serpientes; con rostro sereno aguantó los apretados

nudos y, aplastando con su tierna mano las gargantas hinchadas, se entrenó para la hidra[3].

La veloz fiera del Ménalo, que erguía su cabeza profusamente adornada con oro, fue capturada a la carrera. El temor más espantoso de Nemea, el león, gimió estrujado por los brazos de Hércules.

¿Y a qué recordar el espantoso establo del rebaño bistonio y al rey entregado como pasto a su propio ganado y el jabalí menalio de pelo erizado, acostumbrado a asolar los bosques arcadios en las espesas cumbres del Erimanto y el toro, miedo nada liviano para cien pueblos?

Entre los remotos rebaños del pueblo hesperio, el pastor de tres cuerpos de la costa tartesia fue matado; fue traído el botín desde los confines de occidente y el ganado familiarizado con el Océano pastó en el Citerón.

Cuando se le mandó que penetrara en las regiones del sol estival y en los tostados reinos que abrasa el mediodía, desunió las montañas dejándolas a uno y otro lado, y rota esta barrera abrió un ancho camino por donde se precipitó el Océano.

3 El segundo de los trabajos de Hércules consistía en dar muerte a la Hidra de Lerna.

Arremetiendo después de todo esto contra el recinto del opulento bosque, se trajo el dorado botín del dragón insomne.

¿Y qué? A los terribles monstruos de Lerna, múltiple calamidad, ¿no logró vencerlos con el fuego e hizo que aprendieran a morir? Y a las Estinfálides que solían ocultar el día desplegando sus alas, ¿no les dio alcance derribándolas de las propias nubes[4]?

No lo venció la del lecho siempre célibe, la reina sin esposo del pueblo del Termodonte[5] y sus manos audaces para cualquier noble hazaña no rehuyeron el inmundo trabajo del establo de Augias[6].

¿De qué sirve todo eso? Se encuentra privado del mundo que él defendió. Las tierras han experimentado con tristeza la ausencia de aquel que les procuró la paz: al crimen que prospera con éxito, se le llama virtud; a los culpables obedecen los buenos; el derecho está en las armas; ahoga a las leyes el temor.

---

4 Las aves de Estínfalo son el sexto de los «trabajos» de Hércules.

5 Noveno de sus «trabajos», traer el cinturón de Hipólita, reina de las Amazonas, que entonces habitaban cerca del Termodonte.

6 Quinto «trabajo».

Ante mis propios ojos he visto caer a manos asesinas a unos hijos que eran los defensores del reino paterno; y al propio padre, último retoño del noble Cadmo, lo he visto sucumbir; vi arrebatarle los atributos reales de su cabeza junto con la cabeza.

¿Quién podrá llorar a Tebas lo suficiente? Tierra fecunda en dioses, ¿ante qué tirano tiemblas?

La tierra de cuyos sembrados y de cuyo fecundo seno surgió una juventud erguida con la espada en la mano, cuyos muros construyó Anfión, el hijo de Júpiter, arrastrando las piedras con melodiosos sones, a cuya ciudad más de una vez vino, abandonando el cielo, el padre de los dioses; esta tierra que ha albergado a los del cielo y que los ha producido (y que se me permita decirlo) quizás los producirá, se ve oprimida por un yugo vergonzoso.

Descendencia de Cadmo y linaje de Ofión, ¿adónde has ido a parar? Tiemblas ante un oscuro desterrado que, privado de territorio propio, oprime el nuestro.

Aquel que persigue los crímenes por tierra y por mar y que con mano justiciera quebranta los cetros tiránicos,

es ahora esclavo estando ausente y soporta cosas que él suele impedir que se hagan y a la Tebas de Hércules la tiene en su poder Lico, el desterrado.

Pero no va a seguir teniéndola. Vendrá y le dará castigo; repentinamente saldrá a la luz del sol; encontrará el camino o se lo abrirá.

Acude ya, regresa sano y salvo, te lo suplico, ven de una vez vencedor a tu hogar vencido.

MÉGARA.— Arriba, esposo, y rompe las tinieblas disipándolas con tu mano. Si no hay ningún camino de regreso y el paso está cerrado, abre la bóveda y regresa; y cuanto se oculta bajo el dominio de la negra noche sácalo contigo.

Como aquella vez que, buscando un camino para que se precipitara un río torrencial, lo estableciste rompiendo los montes, cuando desgarrado con ímpetu descomunal quedó abierto el valle de Tempe; al impulso de tu pecho el monte se derrumbó a un lado y otro, y una vez rota la mole, corrió el torrente tesalio por el nuevo camino.

De igual manera, tratando de llegar hasta tus padres, tus hijos, tu patria, lánzate hacia afuera arrastrando

contigo las barreras del mundo; y cuanto con avaricia el tiempo ha mantenido oculto al paso de tantos años, devuélvelo; y a las muchedumbres olvidadas de sí mismas y asustadas de la luz tráetelas por delante. Indigno de ti es el botín, si solo te traes aquello que se te ha ordenado[7].

Pero estoy hablando de cosas demasiado grandes sin conocer nuestra suerte. ¿De dónde me va a llegar ese día en que pueda abrazarte y estrechar tu mano derecha y darte mis quejas por tu tardanza en regresar sin acordarte de mí?

En tu honor, oh, rey de los dioses, cien indómitos toros ofrecerán sus cuellos; en tu honor, madre de las mieses, celebraré los ritos misteriosos; en tu honor con muda lealtad agitará callada las largas antorchas Eleusis.

Entonces me parecerá que se ha devuelto la vida a mis hermanos y que mi propio padre gobierna su reino en prosperidad.

Si algún poder más grande te retiene encerrado, voy a ir detrás de ti: defiéndenos a todos volviendo sano y

7 Duodécimo y último de los «trabajos». Hércules baja a los infiernos con orden de traer el perro Cérbero.

salvo o arrástranos a todos. Nos vas a arrastrar y ningún dios nos va a levantar de la ruina en que hemos caído.

ANFITRIÓN.— Oh, compañera de mi propia sangre, que con casta fidelidad guardas el lecho y los hijos del esforzado Hércules, da cabida en tu mente a mejores pensamientos y levanta el ánimo. Seguro que volverá, y engrandecido, como suele volver de sus trabajos.

MÉGARA.— Lo que los desdichados desean con demasiada fuerza, fácilmente se lo creen.

ANFITRIÓN.— Más bien lo que temen excesivamente piensan que nunca podrá ser eliminado ni superado. El temor es siempre propenso a creer lo peor.

MÉGARA.— Sumergido y enterrado, y teniendo además encima el peso del orbe entero, ¿qué camino tiene para llegar arriba?

ANFITRIÓN.— El que tenía entonces, cuando marchó a través de la árida llanura y de unas olas de arena semejantes a las de un mar tempestuoso; y a través del mar cuyas aguas se retiran dos veces y vuelven otras dos; y cuando, abandonada la embarcación, quedó apresado

en los bajos fondos de las Sirtes y, encallada la popa, ganó tierra a pie.

MÉGARA.— En su injusticia rara vez la fortuna tiene en cuenta las virtudes, por muy grandes que sean; nadie puede arriesgarse con garantías mucho tiempo a tan constantes peligros: si el azar lo pasa por alto una vez y otra, alguna vez lo encuentra...

Pero mira, torvo y con amenazas en su rostro y mostrándose en su porte tal como es en su interior, viene, blandiendo en su derecha un cetro que no es suyo, Lico.

LICO *(Aparte)*.— Constituido en rey de los opulentos parajes del estado tebano y de todo el terreno de fértil suelo que ciñe oblicuamente la Fócide, cuanto riega el Ísmeno, cuanto ve el Citerón desde su elevada cumbre y el estrecho Istmo que separa en dos el mar, no poseo los derechos ancestrales de una casa paterna heredados sin méritos propios; no tengo nobles abuelos ni un linaje ilustre de títulos altisonantes, pero sí un insigne valor; el que se jacta de su linaje, alaba lo que es de otros.

Pero los cetros que han sido arrebatados se mantienen con mano temblorosa. Toda la salvación está en el hierro:

lo que tú sabes que retienes contra la voluntad de los ciudadanos lo defiende tu espada desenvainada; en el puesto de otro no es estable la situación de rey. Solo Mégara uniéndose a mí en real matrimonio puede dar una base sólida a mi poder; mi condición de advenedizo tomará brillo de su ínclito linaje. Desde luego no creo que llegue a rehusar y a rechazar mi lecho. Y, si obstinada con su orgulloso carácter dice que no, tengo el firme propósito de eliminar por completo toda la familia de Hércules...

¿El odio y la murmuración del pueblo van a impedir que lo haga? La primera habilidad de un rey es ser capaz de soportar incluso el odio. Intentémoslo, pues; el azar nos ha brindado la ocasión: con la cabeza cubierta con un lúgubre velo, está apostada junto a sus dioses protectores; y a su lado, sin separarse de ella, está el auténtico padre del Alcida[8].

MÉGARA.—¿Qué de nuevo prepara ese, ruina y perdición de nuestra estirpe? ¿Qué intenta?

---

8 Lico, para desvalorar a Hércules, niega su filiación divina, considerándolo hijo de Anfitrión.

LICO.— Oh, tú, que recibes un nombre ilustre de un real linaje, acoge benigna un momento con pacientes oídos mis palabras. Si los mortales mantuvieran eternamente sus odios y la furia una vez emprendida no se apartara nunca de su ánimo, sino que el afortunado mantuviera las armas y el desafortunado las preparara, no dejarían nada las guerras, entonces, desolados los labrantíos, se llenaría el campo de maleza; aplicada la antorcha a las viviendas, un montón de cenizas cubriría a los pueblos sepultándolos. Querer que la paz vuelva es bueno para el vencedor y necesario para el vencido. Ven a compartir el reino, unamos nuestras almas. Acepta esta prenda de mi buena fe: toma mi mano derecha... ¿Por qué callas con mirada torva?

MÉGARA.— ¿Que yo toque una mano salpicada con la sangre de mi padre y con la matanza de mis dos hermanos? Antes extinguirá el día el oriente y volverá a traerlo el occidente, habrá antes una paz inquebrantable entre las nieves y las llamas, y Escila unirá el costado siciliano con el ausonio, y antes el huidizo Euripo con sus frecuentes idas y venidas quedará paralizado en aguas de Eubea.

Me has robado mi padre, mi reino, mis hermanos, mi hogar, mi patria. ¿Qué me queda? Una sola cosa me

queda y la quiero más que a un hermano y que a un padre, más que a un reino y que a un hogar: el odio que te tengo y que siento tener que compartirlo con el pueblo, pues, ¿cuál es la parte de ese odio que queda para mí?

Domina tú, con tu altanería, lleva a cabo tus altivas ambiciones: a los soberbios los va siguiendo detrás un dios vengador.

Yo conozco el reino de Tebas. ¿A qué hablar de las madres que han sufrido el crimen y de las que han osado cometerlo? ¿A qué hablar de la doble impiedad con que se mezclaron los nombres de esposo, de hijo y de padre? ¿A qué hablar de los dos frentes de hermanos? ¿A qué, de las dos hogueras? Madre soberbia, la hija de Tántalo queda petrificada de dolor y la piedra destila su tristeza en el Sípilo frigio. Más aún, el propio Cadmo, alzando torvamente su encrestada cabeza mientras recorría en su huida los reinos ilíricos, fue dejando una larga huella al arrastrar su cuerpo.

Estos modelos son los que te esperan. Ejerce tu poder como te plazca, hasta que el destino habitual de nuestro trono venga en busca de ti.

LICO.— Vamos, deja esas palabras furiosas que te dicta tu rabia y aprende del Alcida a obedecer sumisamente las órdenes de los reyes.

Yo, aunque un cetro robado lleve en mi diestra vencedora y lo gobierne todo sin miedo a unas leyes que son derrotadas por mis armas, voy a darte unos pocos argumentos a favor de mi causa.

¿Cayó tu padre en un combate cruento? ¿Cayeron tus hermanos? Las armas no guardan moderación y la cólera de una espada desenvainada no puede fácilmente ser templada ni reprimida: las guerras piden sangre. ¿Que él luchaba en defensa de su reino y yo movido por una ambición descarada? Lo que interesa es el resultado de la guerra, no el motivo...

Pero enterremos ya todo recuerdo: cuando el vencedor ha depuesto las armas, también el vencido debe deponer los odios. No te pido que doblegando la rodilla me adores como rey... Precisamente, lo que me agrada de ti es que aceptas tu ruina con entereza. Tú eres una esposa digna de un rey; unamos nuestros lechos.

MÉGARA.— Un temblor escalofriante me recorre los miembros que se han quedado sin sangre. ¿Qué fechoría acaba de sacudirme los oídos? En verdad yo no sentí horror cuando, rota la paz, el fragor de la guerra sonaba en torno a las murallas; todo lo soporté hasta el final con serenidad. Ahora tiemblo ante esa boda, ahora es cuando me veo hecha una esclava. Pesen sobre mi cuerpo las cadenas y que el hambre prolongada me proporcione una muerte lenta. Ninguna fuerza llegará a vencer mi fidelidad. Moriré tuya, Alcida.

LICO.— ¿Te da ánimos tu esposo sumergido en los infiernos?

MÉGARA.— Ha bajado a los infiernos para poder alcanzar las regiones del cielo.

LICO.— Lo tiene aplastado el peso de la inmensa tierra.

MÉGARA.— Ninguna carga puede aplastar a uno que ha sostenido el cielo.

LICO.— Lo vas a hacer a la fuerza.

MÉGARA.— El que puede ser forzado es que no sabe morir.

LICO.— Dime qué regalo quieres que prepare para tu nueva boda.

MÉGARA.— O tu muerte o la mía.

LICO.— Morirás, insensata.

MÉGARA.— Iré corriendo al encuentro de mi esposo.

LICO.— ¿Más que mi cetro vale para ti un esclavo?

MÉGARA.— ¡Cuántos reyes ha entregado a la muerte ese esclavo!

LICO.— ¿Por qué, entonces, está al servicio de un rey y soporta el yugo?

MÉGARA.— Quita las duras órdenes; ¿en qué queda el valor?

LICO.— ¿Crees que el valor consiste en verse expuesto a fieras y monstruos?

MÉGARA.— Lo propio del valor es dominar aquello que causa pavor a todos.

LICO.— Las tinieblas del Tártaro han tapado la boca a ese bravucón.

MÉGARA.— No es cómodo el camino desde la tierra hasta las estrellas.

LICO.— ¿De qué padre ha nacido para que tenga esperanza de habitar con los dioses en el cielo?

ANFITRIÓN.— ¡Pobre esposa del gran Hércules, calla! Es a mí a quien corresponde devolver al Alcida su padre y su linaje verdaderos.

Después de tantas hazañas memorables propias de un varón colosal, después de haber pacificado con su mano cuanto ve Titán al nacer y al ponerse, después de haber dominado tantos monstruos, después de haber dejado Flegras rociada de sangre impía, en defensa de los dioses, ¿todavía no está clara la cuestión de su padre? Si es que crees que yo miento diciendo que es Júpiter, da crédito al odio que le tiene Juno.

LICO.— ¿Por qué ultrajas a Júpiter? La raza mortal no puede unirse al cielo.

ANFITRIÓN.— Ese caso suyo es común a muchos dioses.

LICO.— ¿Y habían sido esclavos antes de convertirse en dioses?

ANFITRIÓN.— El de Delos estuvo de pastor apacentando los rebaños de Feras.

LICO.— Pero no anduvo desterrado, errante por todas las regiones.

ANFITRIÓN.— ¿Él, a quien una madre fugitiva dio a luz en una tierra errante?

LICO.— ¿Acaso Febo sintió temor de los monstruos crueles o de las fieras?

ANFITRIÓN.— Un dragón fue el primero que tiñó las flechas de Febo.

LICO.— ¿Es que no sabes los graves sufrimientos que soportó de pequeño?

ANFITRIÓN.— Baco, el niño que fue arrojado del vientre de su madre por un rayo se colocó en seguida al lado de su padre, el que lanza los rayos. ¿Y qué? Júpiter, el que lleva el timón de los astros, el que zarandea las nubes, ¿no estuvo escondido de pequeño en una cueva de las rocas del Ida? Los nacimientos tan importantes tienen que pagarse con congojas; siempre cuesta caro el que nazca un dios.

LICO.— Todo el que veas que es desgraciado, puedes tenerlo por hombre.

ANFITRIÓN.— Todo el que veas que es valiente, puedes decir que no es desgraciado.

LICO.— ¿Vamos a llamar valiente a uno de cuyos hombros cayó el león, convertido en regalo para una doncella[9], así como la maza? ¿A uno cuyo costado brilló con los colores de un vestido de Sidón? ¿Vamos a llamar valiente a uno cuyos cabellos erizados se empaparon de nardo y que movió sus manos, famosas por sus hazañas, al son nada viril del tamborcillo, con su frente feroz ceñida por la mitra bárbara[10]?

---

9 Hércules fue comprado como esclavo por Onfala, reina de Lidia. Enamorados luego, el esclavo y la reina intercambian atuendos.

10 El ungüento de nardo y el tamboril eran propios de mujeres.

ANFITRIÓN.— No se ruboriza Baco de dejarse caer suelto el cabello con aire femenino, ni de agitar el ligero tirso con mano afeminada, mientras con paso poco aguerrido arrastra la sirma[11] con exóticos adornos de oro: después de muchos trabajos el valor suele relajarse.

LICO.— Así lo confirma la casa arrasada de Éurito y los rebaños de vírgenes violentadas a modo de reses. Esto no se lo ordenó ninguna Juno, ningún Euristeo: son obras propias suyas.

ANFITRIÓN.— No las conoces todas: obra suya es el haber destrozado a puñetazos a Érix y junto a Érix al libio Anteo, y el que un hogar rebosante en sangre de sus huéspedes bebiera en justo castigo la sangre de Busiris. Obra suya es el haber conseguido que Cieno, que hacía frente a los golpes de la espada, sufriera la muerte sin ser herido y el que Gerión, que no era uno solo, fuese vencido por una sola mano. Entre esos te vas a ver tú... y eso que ellos no mancharon su lecho matrimonial con ninguna violación.

LICO.— Lo que es lícito para Júpiter lo es para un rey: a Júpiter ofreciste tú una esposa; vas a ofrecer una al

11 Una especie de traje talar, probablemente con cola, propio de mujeres.

rey... Y contigo por maestro no será nuevo esto que va a aprender tu nuera: a irse, incluso con el consentimiento de su hombre, detrás de otro mejor. Y, si obstinada se niega a unirse a mí en matrimonio, aunque sea forzándola, obtendré de ella una noble descendencia.

MÉGARA.— Sombras de Creonte y Penates de Lábdaco[12], y antorchas nupciales del impío Edipo, hagan que se cumpla ahora el fatal destino que suele ir ligado a nuestras uniones. Ahora, ahora, cruentas nueras del rey Egipto, acudan con sus manos manchadas de ríos de sangre: solo falta una Danaide... yo completaré su crimen.

LICO.— Ya que en tu obstinación te niegas a unirte conmigo y tratas de aterrorizar a un rey, vas a saber cuál es el poder de un cetro. Abraza los altares; ningún dios te va a librar de mí, ni aun si, removiendo el globo terráqueo, pudiera el Alcida llegar hasta arriba vencedor.

(A sus soldados o servidores). Amontonen un bosque entero, que los templos en llamas se derrumben sobre sus propios fieles; que al prenderse fuego esta única hoguera consuma a la esposa y a toda la familia.

---

12 Divinidades romanas protectoras del hogar.

ANFITRIÓN.— Como padre del Alcida, te pido este favor que es el que a mí me cuadra pedirte: que yo caiga el primero.

LICO.— El que hace pagar a todos con la pena de muerte no sabe ser tirano. Impón castigos opuestos: al que es desgraciado impídele que muera; al que es feliz oblígale a morir.

Yo, mientras aumenta la pira que ha de quemar las vigas, voy a rendir culto al que rige los mares con un sacrificio votivo. *(Se va).*

ANFITRIÓN.— ¡Oh, poder supremo de las divinidades! ¡Oh, rey y padre de los del cielo, que cuando lanzas tus dardos se estremece el género humano!, refrena la mano impía de un rey feroz... ¿Por qué invoco en vano a los dioses? Dondequiera que estés, escúchame, hijo... ¿Por qué se tambalea el templo agitado por una súbita sacudida? ¿Por qué muge el suelo? Un fragor infernal ha sonado desde lo más profundo del abismo. ¡Soy escuchado! Es, sí, es el ruido de los pasos de Hércules.

CORO.— *¡Oh, fortuna, que ves con malos ojos al varón valeroso,*
que poco justa eres con los buenos al repartir tus premios!
Que esté Euristeo en su trono, en apacible ocio,
y el que nació de Alcmena, combate tras combate con los monstruos,
agote la potencia de su mano que ha sostenido el cielo,
que le corte al reptil los cuellos que retoñan,
que engañe a las hermanas y se traiga los frutos
cuando haya dado al sueño sus ojos siempre en vela,
el dragón que custodia las ricas manzanas.
Él penetró en las tiendas nómadas de Escitia,
unas gentes extrañas en su propio país,
y holló la superficie rígida de las aguas
y un mar callado de mudos litorales;
endurecida el agua no tiene allí oleaje

y por donde las naves habían desplegado sus velas hinchadas

hay un sendero que frecuentan los sármatas de larga cabellera.

El ponto queda quieto o bien se mueve, en el curso del año,

ora dispuesto a soportar un barco, ora un jinete.

Allí la que gobierna a las célibes tribus,

que ciñe sus costados con cinturón de oro,

arrancó de su cuerpo ese noble despojo

y el escudo y el peto de su pecho de nieve,

levantando los ojos hacia el vencedor, hincada de rodillas.

¿Cuál era la esperanza que te llevó al abismo del infierno,

osando recorrer un camino sin vuelta

hasta llegar a ver los reinos de Prosérpina, la siciliana?

Allí no hay mares que en hinchado oleaje se levanten

ni con el Noto ni con el Favonio,

Allí los dos retoños gemelos de Tindáreo,

cambiados en estrellas, no socorren a las tímidas naves.

Inmóvil languidece el piélago en sus negras simas

y, una vez que la muerte pálida con sus dientes avarientos

conduce hasta los manes a innumerables gentes,

con un solo remero pasan tantos pueblos.

¡Ojalá venzas las leyes de la fiera Éstige

y las irreversibles ruecas de las Parcas!

El que como rey manda sobre múltiples pueblos,

cuando atacabas en son de guerra a Pilos la de Néstor,

cruzó contigo sus mortíferas manos,

llevando en ristre la lanza de tres puntas;

pudo escapar con una herida leve

y, señor de la muerte, tuvo miedo a morir.

Quebranta el hado con tu mano, que a tos tristes infiernos
se les abra la puerta de la luz y que el infranqueable
umbral les facilite acceso hasta aquí arriba.
A los rígidos dueños de las sombras
pudo ablandar con cánticos y ruegos suplicantes
Orfeo, al reclamar a su querida Eurídice.
Su arte que había arrastrado selvas, aves y rocas,
que había producido tardanzas a los ríos,
a cuyo son las fieras se habían detenido,
aplaca con su insólito canto a los de abajo
y resuena más clara en los sordos parajes.
Lloran a Eurídice las jóvenes de Tracia.
Y la lloran los dioses, tan duros a las lágrimas,

y los jueces[13] de frente demasiado sombría

que investigan los crímenes y descubren a reos de otros tiempos

llorando por Eurídice ocupan sus sitiales.

Al fin «Cedemos» —dice el señor de la muerte—.

«Marcha hacia arriba, pero con una ley que yo te impongo

avanza tú detrás a espaldas de tu hombre;

tú no te vuelvas a mirar a tu esposa

hasta que el claro día no te muestre a los dioses

y esté ante ti la puerta del infierno de Ténaro en Esparta».

El verdadero amor odia las dilaciones, no las soporta:

y, al tener prisa por mirar a su prenda, la perdió.

El palacio que pudo ser vencido con cánticos

vencido podrá ser por la violencia.

---

13 Minos, Radamantis y Eaco.

ACTO TERCERO

ANFITRIÓN - HÉRCULES - TESEO

HÉRCULES.— Oh, tú, que gobiernas la luz vivificante y das ornato al cielo, que, recorriendo en círculo sobre tu carro de llamas alternativamente los espacios, levantas tu brillante cabeza sobre las tierras a las que llenas de alegría, dame, oh, Febo, tu perdón si algo ilícito han visto tus ojos: obedeciendo órdenes he sacado a la luz los arcanos misterios del universo. Y tú, señor y padre de los que habitan el cielo, cúbrete los ojos poniendo por delante el rayo; y tú, que bajo tu cetro gobiernas los mares, segundo de los reinos, vete a lo más profundo de las olas; que todo aquel que desde la altura contempla las cosas de la tierra, temeroso de mancharse con este espectáculo insólito, desvíe su mirada y levante su rostro hacia el cielo rehuyendo los prodigios. Que a este ser nefasto lo miren solo dos: el que lo ha traído y la que le dio la orden. Para darme castigo e imponerme trabajos, no son suficientemente amplias las tierras para el odio que Juno me tiene: yo he visto lo que es inaccesible a todos y desconocido a Febo, y los espacios tenebrosos

que el polo de abajo tiene asignados al Júpiter siniestro[14]. Incluso, si me hubieran gustado los parajes de ese tercer lote, hubiera podido ser su rey: al caos de la eterna noche y a algo más funesto que esa noche y a los lúgubres dioses y a los hados yo los he vencido. He burlado a la muerte y estoy de vuelta. ¿Qué otra cosa me queda? He visto yo y he mostrado a otros los seres de allá abajo...

Si hay algo más, dímelo; ya es mucho el tiempo que llevas sufriendo por la inactividad de mis manos, Juno; ¿qué me mandas que venza? Pero los templos, ¿por qué los tiene tomados el soldado con aire hostil y al umbral sagrado lo asedia el terror de las armas?

ANFITRIÓN.— ¿Engañan a mis ojos mis anhelos o es que el gran vencedor del orbe y honra de los griegos ha abandonado la lúgubre morada de la bruma silenciosa? ¿Es aquel mi hijo? Los miembros se me paralizan de alegría. ¡Oh, hijo mío, salvación segura, aunque tardía, de Tebas!, ¿te tengo ya, salido al aire libre, o mi gozo es producto del engaño de una vana sombra? ¿Eres tú? Reconozco tus músculos y tus hombros y tu mano gloriosa con su enorme tronco.

14 Plutón, hermano de Júpiter.

HÉRCULES.— ¿A qué se debe, padre, ese aspecto desaliñado y el lúgubre atuendo de mi esposa? ¿A qué el que mis hijos estén rodeados de tan vergonzosa suciedad? ¿Qué ruina pesa sobre mi casa?

ANFITRIÓN.— Tu suegro ha sido muerto, de tus reinos se ha adueñado Lico y a tus hijos, a tu padre y a tu esposa los amenaza de muerte.

HÉRCULES.— Ingrata tierra, ¿nadie ha acudido en auxilio de la casa de Hércules? ¿Ha visto esta impiedad tan grande el orbe que yo he defendido?... ¿Por qué malgasto el día quejándome? Sea inmolado el enemigo. Que lleve mi valor esta condecoración y quede Lico como el último enemigo del Alcida. Me siento arrastrado a derramar la sangre enemiga, Teseo.

Detente, no te dejes llevar por un arrebato de violencia. Es a mí a quien reclaman los combates. Deja para luego los abrazos, padre; y tú, esposa, déjalos para luego. Que anuncie a Dite Lico que yo ya he llegado.

TESEO.— Esa mirada llorosa aléjala de tus ojos, reina; y tú, con tu hijo ya a salvo, deja de derramar lágrimas: si es que yo conozco a Hércules, Lico pagará por la muerte

de Creonte el castigo que merece... Tarde es «pagará», «paga»; incluso esto es tarde: «ha pagado».

ANFITRIÓN.— Favorable sea a nuestro voto el dios que puede serlo y asista a nuestra situación desolada. ¡Oh, magnánimo compañero de mi noble hijo! Muéstranos el desarrollo de sus heroicidades, que largo camino conduce a los tristes manes, como ha soportado las duras cadenas el perro del Tártaro.

TESEO.— Me obligas a recordar unas hazañas que han de horrorizar incluso a un espíritu sereno. Apenas tengo aún completa seguridad de estar respirando con vida, no tengo claridad en la vista y mis ojos entorpecidos apenas soportan la claridad del día por haber perdido la costumbre.

ANFITRIÓN.— Termina de vencer, Teseo, ese resto de pavor que te queda en el fondo de tu pecho y no te defraudes a ti mismo privándote del mejor fruto de tus trabajos: aquello que fue duro de soportar es dulce recordarlo. Cuenta esas horribles aventuras.

TESEO.— A cuanto hay de sagrado en el universo y a ti, que dominas en un reino que todo lo abarca, y a

ti, a quien en vano buscó tu madre por toda Ena, yo te invoco; que me sea lícito exponer impunemente las leyes secretas y ocultas bajo la tierra.

La tierra espartana levanta una famosa montaña allí donde el Ténaro con sus densos bosques avanza contra el mar: aquí abre su enorme boca la morada del odioso Dite; bosteza una alta roca y en la inmensa cueva un ingente abismo se abre en descomunal garganta y despliega ante todos los pueblos un ancho paso.

El camino no se inicia desde el principio cegado por las tinieblas. Un tenue resplandor de la luz que se ha dejado a las espaldas y una claridad imprecisa, propia de un sol ya en declive, penetra hasta allá abajo y engaña a la vista —con esa mezcla de noche suele ofrecer su luz el día al empezar y al atardecer—.

Luego se extienden unos espacios amplios con estancias vacías en dirección a las cuales avanza todo el género humano; y no es trabajosa la marcha, el propio camino te lleva hacia abajo; de igual modo que con frecuencia la marejada arrastra a las naves contra su voluntad, así empujan el aire que baja y el ávido caos; y las sombras, que se adhieren con fuerza, no dejan nunca volver el paso atrás.

En el interior de una inmensa hoya, se desliza manso el Leteo[15] con plácida corriente y hace olvidar las inquietudes y, para no ofrecer posibilidad alguna de regresar, retuerce su pesado caudal en múltiples revueltas: como el Meandro sin rumbo fijo juega con sus aguas errantes y se aparta de sí mismo para luego volver a replegarse, sin saber si dirigirse hacia la costa o hacia la fuente. Las repugnantes aguas estancadas del Cocito yacen inertes. Aquí gime el buitre, allá el lúgubre búho y resuena el funesto presagio de la infausta lechuza. Se eriza un negruzco follaje en una oscura fronda en la cual sobresale el tejo, en el que se asienta el perezoso Sopor, y el Hambre yace triste con los labios podridos y el Remordimiento tardío se cubre el rostro consciente de su culpa.

El Miedo y el Pavor, el Duelo y el Dolor, que rechinan los dientes, y el negro Luto vienen luego, y la Enfermedad escalofriante y las Guerras, ceñidas de hierro; y, escondida allá en el fondo, la inerte Vejez ayuda sus pasos con un bastón.

ANFITRIÓN.— ¿Hay allí alguna tierra fértil en trigo o en uva?

---

15 Río del infierno, cuyas aguas hacían olvidar cuanto le había sucedido a uno durante la vida.

TESEO.— No crecen alegres los prados con su verde semblante ni la mies ya crecida ondea al suave Zéfiro, no hay una arboleda que tenga sus ramas cargadas de frutas. La estéril desolación del suelo de las profundidades lo convierte en un yermo y una repugnante tierra se muestra inerte en su eterna postración; es el triste final de las cosas y el confín del mundo. Sin movimiento, el aire está paralizado y una noche negra se asienta en un mundo inerte: todo es de una horrible tristeza, y aún peor que la propia muerte es la morada de la muerte.

ANFITRIÓN.— ¿Y qué de aquel que rige con su cetro esos lugares tenebrosos? ¿Dónde está colocado para gobernar esos pueblos de fantasmas?

TESEO.— Hay en un rincón oscuro del Tártaro un lugar al que aprisiona una espesa niebla de pesadas sombras. Desde allí, desde una única fuente mana un caudal que se divide en dos completamente distintos: uno, modelo de serenidad (por este juran los dioses), que bajando en silencioso fluir produce la sagrada Éstige. En cambio, el otro baja como un feroz torrente con enorme estrépito y hace rodar las piedras entre sus aguas: el Aqueronte, imposible de remontar navegando.

Queda ceñida por la doble corriente la fachada del palacio de Dite y la descomunal morada se halla cubierta por un sombrío bosque. Aquí, en una enorme cueva, cuelgan del abismo los umbrales del tirano; por aquí pasan las sombras; esta es la puerta del reino; una llanura yace alrededor en la que, aposentándose con soberbio semblante, la cruel majestad del dios va distribuyendo a las almas que acaban de llegar.

Su frente, torva; pero no sin presentar rasgos de sus hermanos y de su estirpe tan ilustre: tiene la cara de Júpiter, pero de Júpiter cuando lanza el rayo. Una gran parte de lo terrible de ese reino la constituye por sí solo este Señor, a quien todo aquello que produce temor teme mirar.

ANFITRIÓN.— ¿Y es verdad lo que se dice de que en los infiernos, aunque con tanto retraso, se aplican las leyes, y los culpables, que ya se habían olvidado de su crimen, pagan el castigo que deben? ¿Quién es ese que impone la verdad y el que decide lo que es justo?

TESEO.— No es un solo inquisidor el que sentado en elevado tribunal reparte tardías sentencias a los temblorosos reos. Se acude en un foro a Minos el de

Gnosos; en otro, a Radamantis; en este otro tiene su audiencia el suegro de Tetis, Éaco.

Lo que cada cual hizo, lo sufre; el crimen revierte sobre su autor y el culpable cae bajo el peso de su propio ejemplo. Yo he visto encerrar en la cárcel a caudillos sanguinarios y desgarrar a manos de la plebe las espaldas de un tirano inmoderado.

Todo aquel que ejerce su poder con serenidad y, teniendo la vida de sus súbditos en sus manos, las mantiene inocentes y administra con mansedumbre su imperio, sin mancharlo de sangre y respetando la vida, después de hacer por muchos años el largo recorrido de una feliz existencia, o va en dirección al cielo o a los alegres parajes del feliz bosque Elisio, para ser luego juez. Abstente de sangre humana, tú, cualquiera que seas, que tienes poder, tus crímenes son tasados a más alto precio.

ANFITRIÓN.— ¿Retiene encerrados a los culpables un lugar preciso y, según se suele decir, doman a los impíos crueles suplicios, estando encadenados para siempre?

TESEO.— Retorciéndose Ixíon es arrastrado por una veloz rueda; una enorme roca se asienta sobre la cerviz de

Sísifo; en medio de un río, con la garganta seca, un viejo trata de alcanzar las olas; le baña el mentón el líquido y cuando, después de haberlo engañado ya muchas veces, le da esperanzas, se desvanece el agua en sus labios; los frutos engañan a su hambre.

Ofrece Titio al ave un eterno banquete y las Danaides tratan en vano de llenar sus vasijas. Andan errantes en su furor las impías hijas de Cadmo y aterroriza a la mesa de Fineo la voraz ave.

ANFITRIÓN.— Expón ahora la gloriosa lucha de mi hijo. Lo que trae, ¿es un regalo que ha querido hacerle su tío o es un botín?

TESEO.— Una fúnebre roca se levanta sobre el perezoso vado donde las aguas están paralizadas y el caudal del río se adormece indolente. Guarda este río un repugnante viejo, de porte y aspecto horribles, y transporta a los despavoridos manes: la barba le cuelga descuidada, un nudo sujeta los desaliñados pliegues de su vestido, sus ojos le brillan hundidos. Al ser aduanero, conduce él mismo la barca con una larga pértiga. Al acercar este la embarcación libre de carga al litoral, venía otra vez a buscar sombras. Pide paso el Alcida y se aparta

la muchedumbre. Aterrador grita Caronte: «¿Adónde vas, atrevido? Detén ese paso apresurado».

El hijo de Alcmena, que nunca soportó un obstáculo, somete al barquero forzándolo con su propia pértiga y sube a la nave; una barca con capacidad para pueblos enteros se hundió al peso de uno solo. Se sienta y la embarcación con la sobrecarga bebe por ambos lados las aguas del Leteo al vacilar sus costados.

Se echan entonces a temblar los monstruos que él había vencido, los crueles Centauros y los Lapitas enardecidos para el combate por el exceso de vino; buscando el más profundo seno de la laguna Estigia, sumerge sus fecundas cabezas la que había sido su trabajo de Lerna.

Después de todo esto, aparece la morada del avaro Dite. Aquí aterroriza a las sombras el cruel perro estigio que, sacudiendo sus tres cabezas con enorme estruendo, protege el reino. Su sórdida cabeza la lamen unas culebras, de víboras se eriza su melena y en su retorcida cola silba un largo dragón; su furor es comparable a su aspecto. En cuanto percibió el movimiento de pies, erizó sus pelos haciendo vibrar a las serpientes y con sus orejas tiesas trata de captar el sonido que se producía, acostumbrado como estaba a oír incluso sombras.

Cuando se hubo acercado el que nació de Júpiter[16], el perro indeciso se echó al suelo en la cueva y ambos sintieron temor.

De pronto con un ronco ladrido siembra el terror en aquellos mudos parajes; silban amenazadoras las serpientes a lo largo de sus ijares; el estrépito de aquel grito horripilante lanzado por tres bocas deja completamente aterrorizadas incluso a las sombras bienaventuradas.

Descuelga él entonces de su izquierda la cabeza del de Cleonas con sus feroces fauces y la coloca delante, cubriéndose con tan descomunal escudo, mientras en su diestra vencedora blande el enorme roble; lo revuelve lanzándolo sin parar, ora por aquí, ora por allá, redoblando sus golpes.

Al saberse dominado, el perro interrumpió sus amenazas y bajó todas sus cabezas extenuado, al tiempo que dejó completamente libre la cueva.

Se asustaron los dos señores del infierno sentados en sus tronos y dieron órdenes de que se lo llevaran; a mí también, ante los ruegos del Alcida, me entregaron a él como regalo.

---

16 Hércules.

Luego, acariciando con su mano los funestos cuellos del monstruo, los ató con lazos de acero; olvidado de lo que era, el perro, guardián siempre en vela del reino de las sombras, baja sumisamente las orejas y, mientras se deja llevar y reconoce a su dueño siguiéndolo con la cabeza baja, se golpea uno y otro costado con su cola de serpientes.

Cuando se hubo llegado a las proximidades de Ténaro e hirió sus ojos el resplandor de aquella luz desconocida, el vencido recobró su bravura y sacudió con furia las enormes cadenas; estuvo a punto de arrastrar al vencedor y de lanzarlo de cabeza hacia atrás haciéndole perder pie.

Entonces el Alcida tuvo que recurrir también a mis manos: duplicando así ambos la fuerza y arrastrando al perro, que iba enloquecido de rabia e intentaba vanamente atacarnos, lo introdujimos en el mundo.

En cuanto vio la claridad del día y divisó los puros espacios del resplandeciente cielo, le sobrevino la noche, fijó la mirada en tierra, cerró apretadamente los ojos y rechazó aquella odiosa luz del día, volviéndose hacia atrás y buscando la tierra con todos sus cuellos; luego escondió las cabezas bajo la sombra de Hércules...

Pero viene con alegre vocerío una muchedumbre apretada, con la frente adornada de laurel, entonando merecidas alabanzas del gran Hércules.

CORO.— *Euristeo, el nacido de parto prematuro,*

le había ordenado penetrar hasta el fondo del universo:

esto solo faltaba a sus trabajos,

arrancar un botín al rey del tercer lote.

Se atrevió a franquear las puertas tenebrosas

por donde hasta los manes apartados

lleva un camino lúgubre y espantoso por su negro bosque,

mas frecuentado por una enorme turba de acompañantes.

Como el pueblo que va por las ciudades,

ávido, hacia los juegos de un nuevo espectáculo;

como el que acude en masa al tronador Eleo,

cuando el quinto verano vuelve a traer sus fiestas;

como la turba que, cuando se alargan las horas de la noche

y Libra deseosa de que aumenten los sueños apacibles

retiene, equilibrada, la carroza de Febo,

se aglomera en los ritos misteriosos de Ceres;

como los iniciados atenienses abandonan sus casas

y corren presurosos a celebrar la noche,

así es la turba que a través de llanuras silenciosas

es empujada: unos caminan lentamente, por sus años,

tristes y hartos de una larga vida;

otros con una edad menos penosa corren todavía:

vírgenes que aún no saben del yugo conyugal

y efebos que aún no han dado su melena[17]*,*

y niños que hace poco han aprendido el nombre de su madre.

---

17 La melena que se solían dejar primero y cortar luego para ofrecerla a alguna divinidad.

Tan solo estos tienen permitido, para que teman menos,

disipar las tinieblas llevando por delante una candela;

los demás marchan tristes por la oscuridad.

¿Cuál es su actitud cuando la luz se aleja

y siente uno, angustiado, su cabeza

bajo la tierra entera sepultada?

Queda un espeso caos y deformes tinieblas

y el funesto color negruzco de la noche

y la quietud de un mundo silencioso y nubes vacías.

¡Tarde nos lleve allí nuestra vejez!

Nadie allí llega tarde, de donde nunca,

una vez que ha llegado, puede volver:

¿para qué apresurar el cruel destino?

Toda esta turba que errante vaga sobre la ancha tierra

irá junto a los manes y soltará las velas

rumbo al Cocito inerte. Para ti crece todo,

lo que el ocaso ve y lo que el orto;

ten paciencia con los que ya vendremos,

para ti, muerte, estamos preparándonos,

puedes estar tranquila; nosotros mismos ya nos damos prisa:

la misma hora primera que nos da la vida nos la arrebata.

Día de fiesta es hoy para Tebas:

acude suplicando a los altares,

inmola víctimas bien alimentadas,

que las mujeres mezcladas con los hombres

formen solemnes coros;

descansen, yugo en tierra,

los que cultivan los fértiles campos.

Hay paz gracias al brazo de Hércules

desde la aurora a Héspero

y allá por donde el sol de medio día

no da sombra a los cuerpos.

Todo el suelo que baña

Tetis en su amplio abrazo

ya lo domó el trabajo del Alcida.

Después de haber cruzado los vados del Tártaro

vuelve tras someter a los infiernos.

Ya no quedan temores,

no hay nada más allá de los infiernos.

Tu cabello erizado, sacerdote,

cúbretelo de álamo que es su árbol preferido.

ACTO CUARTO

HÉRCULES - TESEO - ANFITRIÓN - MÉGARA

HÉRCULES.— Derribado por mi mano vencedora ha caído Lico, mordiendo la tierra con su boca. Luego todo aquel que había sido partícipe de su tiranía ha yacido en tierra partícipe de su castigo. Ahora como vencedor voy a ofrecer un sacrificio a mi padre y a los dioses de arriba y a honrar sus altares inmolándoles las víctimas que ellos merecen.

A ti, a ti, compañera y ayuda de mis trabajos, te invoco, Palas belicosa, en cuya mano izquierda la égida lanza feroces amenazas con su semblante petrificador. Que me asista el que sometió a Licurgo y al rojo mar, con su lanza cubierta de verdeante tirso y las divinidades gemelas, Febo y la hermana de Febo (la hermana, más dedicada a las flechas; Febo, a la lira), y todos mis hermanos que habitan en el cielo, que no son hermanos de madrastra.

Acarreen aquí rebaños bien alimentados, cuanto cosechan los de la India, cuanto los árabes recogen de sus árboles olorosos tráelo a los altares, que fluya en abundancia su denso vapor. Adorne el álamo nuestras cabelleras; cúbrate a ti, Teseo, la rama del olivo con la fronda propia de tu gente. Mi mano adorará al Tronador; tú rendirás culto a los fundadores de la ciudad, Cadmo y Anfion, y al antro silvestre del fiero Zeto y a Dirce la de famosas aguas y al hogar tirio del rey extranjero.

Echen incienso a las llamas.

(Se retira Teseo)

ANFITRIÓN.— Hijo, purifica primero tus manos que chorrean sangre de la matanza, aunque lo sea de un enemigo.

HÉRCULES.— Ojalá pudiera yo libar a los dioses la sangre derramada por esa odiosa cabeza: ningún líquido más grato teñiría los altares. No puede sacrificarse a Júpiter una víctima mejor ni más opulenta que un rey inicuo.

ANFITRIÓN.— Desea que tu padre termine tus trabajos; que se conceda alguna vez tiempo libre y tranquilidad a nuestra fatiga.

HÉRCULES.— Yo voy a formular unas plegarias dignas de Júpiter y de mí: que permanezcan en su sitio el cielo, la tierra y el éter; que los astros hagan eternamente su recorrido, sin tropiezo alguno; que una paz profunda alimente a los pueblos, que todo el hierro lo ocupen las inocentes labores de los campos y las espadas permanezcan ocultas. Que ninguna tempestad turbe el mar con su violencia, que ningún fuego salte lanzado por la ira de Júpiter, que ningún río nutrido con nieve invernal arrastre los labrantíos destrozándolos. Que se acaben los venenos, que ninguna hierba funesta se hinche con su jugo nocivo. Que no ocupen los tronos tiranos crueles y feroces. Si todavía la tierra ha de producir algún crimen, que se dé prisa y, si prepara algún monstruo, que sea para mí...

Pero ¿qué es esto? Al mediodía lo han rodeado las tinieblas, Febo camina con rostro ensombrecido sin que haya nube alguna. ¿Quién hace huir hacia atrás al día y lo empuja hacia su punto de partida? ¿De dónde saca su negruzca cabeza esta noche insólita? ¿De dónde

tantas estrellas que llenan el cielo en pleno día? Mire, mi primer trabajo, el León, brilla en una buena parte del cielo; hierve todo él de cólera y se prepara a morder; está a punto de apresar algún astro; se yergue amenazador con boca descomunal y echa un soplo de fuego y hace resplandecer su rojiza melena sacudiéndola sobre su cuello. Todo lo que el penoso otoño y el frío invierno llevan consigo en su gélido espacio lo va a atravesar de un solo salto y va a acometer y quebrantar el cuello del Toro primaveral.

ANFITRIÓN.— ¿Qué es esta súbita desgracia? ¿Adónde, hijo mío, vuelves tu fogosa mirada de acá para allá y con los ojos turbios ves un cielo imaginario?

HÉRCULES.— La tierra está completamente sometida, los mares furiosos se han dado por vencidos, los reinos infernales han experimentado mis ataques: inmune queda el cielo, un trabajo digno del Alcida. A los altos espacios del universo voy a elevarme; acometamos el éter, mi padre me promete las estrellas...

¿Y qué, si me dijera que no? No puede abarcar a Hércules la tierra y al fin lo devuelve a los de arriba.

Escucha, por su propia iniciativa me llama toda la asamblea de los dioses y me abre las puertas; solo una se opone, Juno. ¿Me acoges y me abres el firmamento o arranco la puerta del cielo si se resiste? ¿Aún sigue la duda? Libraré de cadenas a Saturno y contra la realeza tiránica de un padre sin sentimientos soltaré a mi abuelo; que se apresten a la guerra los Titanes enfurecidos bajo mi caudillaje.

Rocas y bosques me llevaré y arrancaré con mi mano derecha montañas llenas de Centauros. Poniendo un monte sobre otro, me haré un camino hasta los de allá arriba. Que Quirón vea a su Pelio bajo el Osa. El Olimpo llegará hasta el cielo colocado como tercer escalón o lo lanzaré hasta allí.

ANFITRIÓN.— Aparta lejos esos sentimientos nefandos. Refrena el loco ímpetu de un pecho que, a pesar de su grandeza, no está cuerdo.

HÉRCULES.— ¿Qué es esto? Los funestos Gigantes presentan batalla, escapa de las sombras Titio y con el pecho desgarrado y carcomido, ¡qué cerca del cielo ha llegado!...

Se tambalea el Citerón, la alta Pallene tiembla y el Tempe macedonio. Este ha arrancado las cumbres del Pindo, aquel ha arrancado el Eta, se enfurece terriblemente Mimante, una Erinis llameante hace sonar el látigo sacudiéndolo y acerca más y más a mi cara los tizones encendidos en piras funerarias; la cruel Tisífone con la cabeza vallada de serpientes ha cerrado, poniendo su antorcha, la puerta que había quedado libre al ser robado Cerbero...

Pero ahí se esconde la prole del rey enemigo, la infame semilla de Lico. Esta mano derecha va a devolverlo a su odioso padre. Dispare velozmente las flechas la cuerda de mi arco; así hay que lanzar los dardos de Hércules. *(Mata a uno de sus hijos; los otros huyen).*

ANFITRIÓN.— ¿Adónde ha ido a estrellarse su ciega locura?

Dobló el enorme arco juntando sus extremos y abrió la aljaba. Silbó la saeta disparada con ímpetu... Por en medio del cuello se escapó la flecha, dejando atrás la herida.

HÉRCULES.— Voy a registrar todos los escondrijos y a acabar con el resto de la prole... ¿Por qué me detengo?

Aún me queda un combate más grande en Micenas hasta que caigan, derrumbadas por mis manos, todas sus piedras ciclópeas; que, arrancado el cerrojo, vayan de acá para allá los batientes de la puerta y destrocen las jambas, que el dintel se derrumbe con su impulso...

Ya está inundado de luz todo el palacio; aquí veo escondido a un hijo de ese padre criminal. *(Entra en el palacio).*

ANFITRIÓN.— Mira —tendiéndole sus tiernas manos a las rodillas le suplica con voz lastimera—, es un crimen infame, amargo y horrible de ver.

Mientras le imploraba, lo ha agarrado con su mano derecha y, después de haberle hecho dar dos, tres vueltas en su arrebato de locura, lo ha lanzado. Su cabeza ha dado un chasquido y sus sesos salpicados chorrean por el tejado.

La desgraciada Mégara, protegiendo a un hijo en su regazo sale huyendo como loca de su escondrijo.

(Mégara entra en escena con el menor de sus hijos, seguida por Hércules).

HÉRCULES.— Aunque al huir te refugies en el seno del Tronador, te acosará por doquier esta mano derecha y te dará alcance.

ANFITRIÓN.— ¿Adónde te obstinas en ir, desgraciada? ¿Qué huida o qué escondite intentas encontrar? No hay lugar que te salve de la hostilidad de Hércules. Abrázate a él mejor y trata de apaciguarlo con ruegos cariñosos.

MÉGARA.— Basta ya, esposo, te lo ruego, reconoce a Mégara. Este hijo refleja tu semblante y tus rasgos. ¿Ves cómo te tiende las manos?

HÉRCULES.— Tengo ante mí a la madrastra. Ahora, tú, recibe el castigo que me debes y libera a Júpiter de la opresión de un yugo vergonzoso. Pero, antes que la madre, que caiga este pequeño monstruo.

MÉGARA.— ¿Qué intentas, insensato? ¿Vas a derramar tu propia sangre?

ANFITRIÓN.— Impresionado el niño por la mirada de fuego de su padre, ha muerto antes de ser herido; el

susto le ha quitado la vida. Contra la esposa es ahora lanzada la pesada clava; le ha machacado los huesos, en el cuerpo mutilado ya no está la cabeza, ni se ve por ninguna parte. ¿A contemplar esto te atreves, vejez que ya has vivido demasiado? Si te pesa el duelo, tienes a mano la muerte; ofrece tu pecho a sus armas o haz que venga contra ti ese tronco teñido con la matanza de los nuestros.

(A Hércules). Elimina a este padre falso y vergonzoso para tu nombre, no vaya a ser obstáculo para tu gloria.

TESEO.— ¿Por qué, anciano, vas tú mismo al encuentro de la muerte? ¿Adónde vas, insensato? Huye, ponte a cubierto fuera de su vista y evítales al menos un crimen a las manos de Hércules.

HÉRCULES.— *(Aparte)*. Ya está. La casa de este infame rey ha sido exterminada. En ofrenda a ti, esposa del soberano Júpiter, he sacrificado este rebaño. Con gran placer he cumplido unos votos dignos de ti; también Argos te proporcionará otras víctimas.

ANFITRIÓN.— Todavía no has cumplido, hijo, consuma el sacrificio. Aquí tienes de pie ante el altar

la víctima, espera tu mano con la cabeza inclinada. Me ofrezco, voy a tu encuentro, te sigo: ¡inmola!

¿Qué es esto? ¿Se extravían mis ojos, el sufrimiento me embota la vista o estoy viendo temblar las manos de Hércules? Sus ojos caen en el sueño y su cuello extenuado se desploma dejando caer la cabeza.

Se doblan sus rodillas y al punto se derrumba entero a tierra igual que el olmo que se tala en los bosques o la mole que se echa para dotar de puertos a la mar. ¿Estás vivo o te ha entregado al más allá la misma locura que envió a los tuyos a la muerte?

Es un desvanecimiento; la respiración sigue su ritmo. Dejémosle tiempo para que descanse, de modo que, al ser vencida la fuerza de la enfermedad por ese profundo sueño, alivie la opresión de su pecho. Criados, quiten de en medio las armas; no vaya a volver a empuñarlas en su locura.

CORO.— *Que llore el cielo, y el poderoso padre*

del elevado cielo, y la tierra fecunda

y las errantes olas del ponto inquieto

y sobre todo tú, que por las tierras

y por el ancho mar echas tus rayos,

ahuyentas a la noche con tu hermoso rostro,

Titán ardiente: el ocaso y el orto

los ha visto el Alcida igual que tú

y ha conocido tu doble morada.

Libra su espíritu de tan grandes monstruos,

líbrenlo, dioses, enderecen su mente

hacia mejor camino. Y tú, oh, sueño,

que dominas los males, reposo del espíritu,

que eres la mejor parte de la vida humana,

alada descendencia de la madre Astrea,

lánguido hermano de la dura muerte,

que mezclas la verdad con la mentira, de lo futuro

garantía segura y a la vez la más falsa.

Oh, padre de las cosas, puerto de la vida,

descanso de la luz, compaña de la noche,

que llegas por igual al rey y al esclavo,

tú que a la raza humana, que tiembla ante la muerte,

la haces ir aprendiendo una muerte prolongada:

apacible y suave, alivia su fatiga,

cae sobre él dejándolo vencido en un profundo letargo,

que el sopor atenace sus indómitos miembros

y no abandone su pecho enfurecido

hasta que su razón vuelva de nuevo al camino de antes.

Míralo: echado en tierra, da vueltas en su fiero corazón

horripilantes sueños

(todavía no ha sido superada la peste de ese mal tan espantoso);

y, acostumbrado a reposar su cabeza cansada
en la terrible maza, echa de menos en su diestra vacía
su enorme peso, tratando de alcanzarla con los brazos
inútilmente. Y aún no ha echado fuera
toda la tempestad, sino que, como la ola
zarandeada por el fuerte noto,
aún después guarda su agitación por mucho tiempo y se hincha
que el viento ya ha cesado. Echa la loca
tempestad de su alma, que vuelvan la piedad
y la virtud a ese hombre. Mejor, quede su mente
turbada por la loca agitación,
su ciego desvarío siga el camino por donde empezó;
tan solo la locura puede garantizar ya tu inocencia:
lo que más se aproxima a unas manos puras

es no saber el crimen que se ha cometido.

Resuene ahora su pecho golpeado

con sus hercúleas manos, sus brazos avezados

a sostener el mundo reciban los azotes que les lance

su mano vencedora: gemidos monstruosos

escuche el éter y también la reina

del negro polo y Cérbero feroz,

que con sus cuellos con cadenas enormes amarrados

se oculta en lo más hondo de su antro.

Resuene el caos con lúgubre clamor

y el agua del abismo en su extensión inmensa

y el aire de regiones intermedias

que, aun así, tus armas ha sentido.

Un pecho rodeado de tan grandes males

no puede ser herido por un golpe suave:

a una lancen los gritos de su duelo los tres reinos.

Y tú, que como adorno y arma cuelgas de su cuello

desde hace tiempo, valerosa flecha,

y tú, pesada aljaba, da crueles azotes

a su feroz espalda; hiera sus hombros

aguerridos el roble y que el potente tronco

caiga sobre su pecho con sus duros nudos:

deben sus armas arrancarle lamentos por tan grandes dolores.

Ustedes que no han participado de la gloria paterna

vengándolos con la muerte de crueles tiranos,

que no han conseguido en la palestra argiva

agilizar los miembros, haciéndolos valientes con los puños,

valientes en la lucha, pero que han osado

lanzar con una mano bien segura

el veloz dardo del carcaj escita

y alcanzar a los ciervos que huyendo se defienden

aunque aún no a los lomos del feroz melenudo,

marcha hacia los puertos de la Éstige,

marcha, sombras inocuas, en quienes, cuando estaban

en los mismos umbrales de la vida, hizo presa

la criminal locura de su padre.

Marcha linaje infausto, oh, niños, por la senda

lúgubre de la empresa ya famosa; marcha a contemplar

los reyes de la ira.

ACTO QUINTO

HÉRCULES – ANFITRIÓN - TESEO

HÉRCULES.— ¿Qué lugar es este, qué región, qué zona del mundo? ¿Dónde estoy? ¿Bajo el punto por donde nace el sol o bajo el eje de la osa glacial? ¿Es este por ventura el confín del Océano señalado por la última tierra del mar hesperio? ¿Qué aire respiro? ¿Qué suelo sostiene mi fatiga? Es seguro que he regresado... ¿Cómo es que veo cuerpos ensangrentados tendidos por el suelo de mi casa? ¿Es que todavía no se ha desembarazado mi mente de las visiones infernales? ¿Incluso después de mi regreso se pasea ante mis ojos la fúnebre turba?...

Vergüenza me da confesarlo: siento pavor. Yo no sé, no sé qué enorme desgracia me presagia mi alma. ¿Dónde estás, padre? ¿Dónde aquella esposa llena de vida con su grey de hijos? ¿Por qué falta en mi costado izquierdo la piel de león? ¿A dónde ha ido a parar esa protección mía y a la vez lecho mullido para el sueño de Hércules? ¿Dónde

están las flechas? ¿Dónde el arco? ¿Quién estando yo vivo ha podido quitarme las armas? ¿Quién me ha robado tan terribles despojos y no ha sentido miedo de Hércules, aunque fuese dormido? Me gustaría ver a mi vencedor, me gustaría.

Adelante, nuevo héroe, a quien ha dado vida mi padre abandonando el cielo, en cuyo engendramiento se ha detenido la noche más tiempo que en el mío.

¿Qué impío horror estoy viendo? Yacen mis hijos víctimas de cruenta matanza; mi esposa, asesinada...

¿Que Lico ocupa el trono? ¿Quién se ha atrevido a tramar tan espantosos crímenes en Tebas, estando Hércules ya de vuelta?

Cuantos habitan los parajes del Ísmeno, cuantos los campos acteos, cuantos los reinos del dardanio Pélope batidos por dos mares, acude en mi ayuda, indíquenme el autor de la horrible matanza. Que se precipite mi cólera contra todos: enemigo es todo aquel que no me muestra al enemigo.

Vencedor del Alcida, ¿te ocultas? Adelante. Bien trates de vengar a los atroces corceles del cruento tracio, bien al

rebaño de Gerión o a los tiranos de Libia, no hay por qué retrasar la lucha. Aquí me tienes desnudo, incluso puede que me ataques con mis propias armas, desarmado como estoy.

¿Por qué Teseo rehuye mi mirada y mi padre también? ¿Por qué esconden su rostro?

Dejen para luego los llantos. ¿Quién ha podido entregar a la muerte de una vez a todos los míos? Dímelo... ¿Por qué sigues callado, padre? A ver tú, dímelo, Teseo; pero con tu lealtad, Teseo... Uno y otro en silencio se cubren el rostro llenos de vergüenza y derraman sus lágrimas a escondidas. En medio de tan grandes males, ¿de qué hay que avergonzarse? ¿Ha sido acaso el tiránico señor de la ciudad argiva, ha sido acaso el hostil escuadrón de Lico, al morir este, el que ha echado sobre nosotros tan gran calamidad?

Por la gloria de mis hazañas, te ruego, padre, y por el poder divino de tu nombre, que siempre me ha sido propicio, habla. ¿Quién ha arrasado mi casa? ¿De quién he sido la presa?

ANFITRIÓN.— Que se alejen las desgracias no hablando de ellas.

HÉRCULES.— ¿Y que quede yo sin venganza?

ANFITRIÓN.— Con frecuencia la venganza es contraproducente.

HÉRCULES.— ¿Pero alguien en su cobardía ha soportado males tan grandes?

ANFITRIÓN.— Todo el que temía otros mayores.

HÉRCULES.— Pero, padre, ¿se puede temer algo más grande o más funesto que estas desgracias?

ANFITRIÓN.— De tu desgracia esa parte que conoces, ¡es tan pequeña!

HÉRCULES.— Piedad, padre; hacia ti tiendo mis manos suplicantes... ¿Qué es esto? Mi mano se echa atrás... Por aquí ronda el crimen. ¿De dónde viene esta sangre? ¿Qué es aquella flecha, húmeda de sangre de niño? Ahora veo ya mis propias armas teñidas con el mortal veneno de Lema. No pregunto por la mano que

las haya lanzado. ¿Quién ha podido curvar el arco o qué diestra doblar la cuerda que a mí me cuesta trabajo hacer ceder?

Acudo de nuevo a ustedes; padre, ¿es este crimen mío?... ¡Se callan! Mío es.

ANFITRIÓN.— El duelo sí es tuyo; el crimen es de tu madrastra. Este desastre no tiene culpable.

HÉRCULES.— Ahora desde todas partes truena, padre, encolerizado. Aunque te hayas olvidado de mí, véngate al menos, aunque sea tarde, de tus nietos. Resuene el estrellado firmamento y lancen llamas este polo y el otro. Arrastren mi cuerpo a ellos amarrado los peñascos del Caspio y el ave devoradora... ¿Por qué están vacías las rocas de Prometeo? Que se prepare la abrupta ladera del Cáucaso desnuda de selvas, que en sus inmensas cimas da pasto a las aves de rapiña.

Que las famosas Simplégades que estrechan el ponto escita me estiren sobre el mar con las manos amarradas a ellas y cuando, al llegar el turno, vuelvan a juntarse y los escollos, al chocar unas con otras las rocas, lancen hasta el cielo el mar que hay entre ellas, quede yo como un obstáculo movedizo entre los dos montes.

¿Por qué no acarreo un bosque, lo amontono formando una pira y quemo este cuerpo que está rociado de sangre impía? Eso, eso es lo que debo hacer: devolveré a Hércules a los infiernos.

ANFITRIÓN.— Su pecho que aún no está libre de frenética perturbación ha cambiado sus iras y, como es propio de la locura, se ensaña consigo mismo.

HÉRCULES.— Terribles lugares de las Furias y cárcel de los infiernos y región asignada a la turba culpable..., si más allá del Erebo se oculta algún lugar de destierro desconocido para Cérbero y para mí, escóndeme en él, Tierra; quiero ir al último confín del Tártaro para quedarme allí...

¡Oh, pecho demasiado feroz! A ustedes, hijos, esparcidos como están por toda la casa, ¿quién va a poder llorarlos como es debido? Estos ojos endurecidos por las desgracias no saben echar lágrimas...

Traigan acá la espada, traigan acá las flechas, traigan acá el enorme tronco. Por ti destrozaré mis dardos, por ti, hijo, romperé mi arco y por tus sombras arderá el pesado tronco, incluso el carcaj, lleno de flechas lerneas, irá a

parar a tu hoguera. Que paguen mis armas su castigo..., a ustedes también les quemaré, funestas como son para mis armas, ¡oh, manos de madrastra!

ANFITRIÓN.— ¿Quién ha aplicado en algún lugar a un error el nombre de crimen?

HÉRCULES.— Muchas veces un error grave se equipara a un crimen.

ANFITRIÓN.— Ahora es cuando hace falta un Hércules: soporta el enorme peso de esta desgracia.

HÉRCULES.— No se ha acabado, extinguido por la locura, mi pudor hasta el punto de estar dispuesto a espantar a todos los pueblos con mi impío aspecto. Mis armas, Teseo, te insisto en que me devuelvas rápidamente las armas que me han robado. Si estoy en mi sano juicio, devuélveme a mis manos los dardos. Si persiste la locura, retírate, padre; voy a encontrar el camino de la muerte.

ANFITRIÓN.— Por los sacrosantos lazos familiares, por el derecho de cualquiera de mis dos nombres, bien me llames tutor, o bien padre verdadero, por el respeto que deben imponer mis canas a quien sea respetuoso,

ten en cuenta la desolación de mi vejez, te lo ruego, y el cansancio de mis años.

Único apoyo de una casa en ruinas, única luz de uno que esta hundido en la desgracia, guárdate tú a ti mismo. Ni un solo fruto de tus trabajos ha llegado hasta mí... Siempre he estado temiendo al mar inseguro o a los monstruos. Cuantos reyes crueles en todo el mundo entero se ensañan haciendo el daño con sus manos o con sus altares me producen temor... Padre de un hijo siempre ausente, pido poder disfrutar de ti y tocarte y contemplarte.

HÉRCULES.— Para retener más tiempo mi alma en este mundo o para retrasarme no hay motivo alguno, todos mis bienes los tengo ya perdidos: la razón, las armas, la reputación, la esposa, los hijos, las manos..., hasta la locura. Nadie podría poner remedio a la suciedad de mi espíritu; con la muerte hay que curar el crimen.

ANFITRIÓN.— Vas a acabar con tu padre.

HÉRCULES.— Para que no pueda hacerlo, voy a morir.

ANFITRIÓN.— ¿En presencia de tu padre?

HÉRCULES.— Ya le he enseñado yo cómo contemplar una monstruosidad.

ANFITRIÓN.— Ten en cuenta mejor tus hazañas, que todos han de recordar, e implórate gracia a ti mismo por ese único delito.

HÉRCULES.— ¿Va a perdonarse a sí mismo el que a nadie ha perdonado? Las hazañas loables las hice obedeciendo órdenes; solo esto último es lo mío. Ven en mi ayuda, padre; bien te muevan los sentimientos paternales, bien mi triste destino, bien la mancha caída sobre la honra de mi virtud, tráeme las armas. Sea vencida la fortuna por mi mano derecha.

TESEO.— Ciertamente los ruegos de un padre suelen ser lo bastante eficaces; déjate, sin embargo, conmover también por mi llanto. ¡Arriba!, y destroza la adversidad con tu ímpetu de siempre. Vuelve ya a recuperar tu ánimo que nunca ha cedido ante ninguna desgracia, debes actuar ya con tu gran valor. No dejes que Hércules sea arrastrado por la ira.

HÉRCULES.— Si sigo vivo, soy un criminal; si muero, una víctima de esos crímenes. Tengo prisa por purificar

la tierra. Hace ya tiempo que un monstruo impío, cruel, altanero y feroz ronda a mi alrededor. Vamos, mano derecha, esfuérzate en acometer esta enorme empresa de más envergadura que los doce trabajos. Cobarde, ¿sigues en tu indolencia, atreviéndote solo con niños y con madres asustadas?

Si no me das las armas, o cortaré toda la selva del Pindo tracio y los bosques sagrados de Baco y las cimas del Citerón para quemarlas junto conmigo, o todas las casas de Tebas con sus familias y dueños y los templos con todos sus dioses los derrumbaré sobre mi cuerpo y quedaré sepultado bajo las ruinas de la ciudad. Y, si para mis resistentes hombros es ligero el peso de las murallas al caer lanzadas contra mí, y si las siete puertas no bastan para cubrirme y aplastarme, toda la pesada masa que se asienta en la parte central del universo y deja aislados a los dioses la precipitaré sobre mi cabeza.

ANFITRIÓN.— Te devuelvo las armas.

HÉRCULES.— Esas palabras son dignas del padre de Hércules... Mira, con esta flecha cayó asesinado el niño.

ANFITRIÓN.— Este dardo lo puso Juno en tus manos.

HÉRCULES.— Ahora me serviré yo de él.

ANFITRIÓN.— Mira cómo palpita de miedo mi pobre corazón y sacude en su inquietud mi cuerpo.

HÉRCULES.— Preparada está la saeta.

ANFITRIÓN.— Fíjate, ahora es cuando vas a cometer un crimen voluntaria y conscientemente.

HÉRCULES.— Explícame, ¿qué mandas que haga?

ANFITRIÓN.— No te pido nada; mi dolor está puesto a buen recaudo: mi hijo, tú eres el único que puede conservármelo; arrebatármelo, ni siquiera tú. Estoy libre del peor de los temores: desgraciado no puedes hacerme, feliz sí. Decidas lo que decidas, hazlo a sabiendas de que tu causa y tu buen nombre se hallan en una situación crítica y apurada: o vives o me matas.

Este hilo de vida, de una vida agotada por los años y no menos agotada por las desgracias lo tengo a flor de labios; ¿tarda alguien tanto en dar a su padre la vida? No soportaré más aplazamientos, voy a hundir el hierro en mi pecho de anciano. Aquí, va a quedar tendida una víctima de un Hércules en su sano juicio.

HÉRCULES.— Detente, padre, detente, vuelve atrás esa mano... Ríndete, valentía, sométete a la autoridad de un padre. Únase a los trabajos de Hércules este nuevo trabajo: vivamos. Ayuda a mi padre a levantar del suelo sus miembros abatidos, Teseo: mi mano derecha cargada de crímenes rehúye tocar su pureza.

ANFITRIÓN.— Esta mano la beso yo gustoso, en ella apoyado caminaré; acercándola a mi pecho afligido ahuyentaré mis dolores.

HÉRCULES.— ¿A qué lugar puedo yo dirigirme en mi destierro? ¿Dónde voy a esconderme o bajo qué tierra me voy a sepultar? ¿Qué Tanais o qué Nilo o qué Tigris de Persia, con su violento caudal, o qué Rin fiero o qué Tajo, arrastrando en su turbia corriente los tesoros de Iberia, podrá lavar mi mano derecha? Aunque la gélida Meótide vuelque sobre mí sus árticas olas y Tetis entera corra por mis manos, no se borrará el crimen profundamente marcado en ellas. Con tu impiedad, ¿a qué tierra te vas a retirar? ¿Irás hacia el oriente o hacia el occidente? Conocido en todas partes, he perdido cualquier posible lugar de destierro. Me rehúye el orbe, los astros torciendo su curso trazan órbitas de mal agüero, el propio Titán ve con mejores ojos a Cérbero que a mí.

Oh, Teseo, fiel cabeza, busca un escondite lejano, apartado, ya que siempre al ser árbitro de crímenes ajenos sientes cariño por los culpables, corresponde ahora con tu agradecimiento a los méritos míos: devuélveme, te lo ruego, a los infiernos llevándome otra vez a las sombras y restitúyeme amarrado con tus cadenas. Aquel lugar me ocultará... Pero también él me conoce.

TESEO.— Mi tierra te aguarda. Allí Gradivo[18], volvió de nuevo a las armas su mano que ya había quedado absuelta de su crimen. Esa tierra te llama, Alcida; una tierra acostumbrada a hacer inocentes a los dioses.

18 Marte, que tras haber dado muerte a Halirrotio, fue absuelto por el tribunal del Areópago en Atenas.

“HÉRCULES.— Si estoy en mi sano juicio, devuélveme a mis manos los dardos. Si persiste la locura, retírate, padre; voy a encontrar el camino de la muerte.

Colección
Lima Lee

